



Psicología de la afición taurina

Psychology of the public in bullfighting

■ Cecilio Paniagua

Resumen

Se estudia desde una perspectiva psicoanalítica la evolución socio-histórica de la tauromaquia. Se comenta sobre el encauzamiento psicológico del sadismo, el narcisismo, el erotismo y las identificaciones de la afición, concluyéndose que la tauromaquia constituye una compleja transacción cultural entre pulsiones inconscientes y la cambiante sensibilidad social a la crueldad, expresada por medios estéticos tradicionalmente sancionados.

Palabras clave

Afición taurina. Sadismo. Narcisismo.

Abstract

From a psychoanalytic perspective the socio-historical evolution of bullfighting is reviewed. The psychological channelling of sadism, narcissism, eroticism, and identifications in the corrida-goers is commented upon, concluding that bullfighting constitutes a complex cultural compromise formation between unconscious drives and the changing social sensitivity to cruelty expressed through traditionally sanctioned aesthetic means.

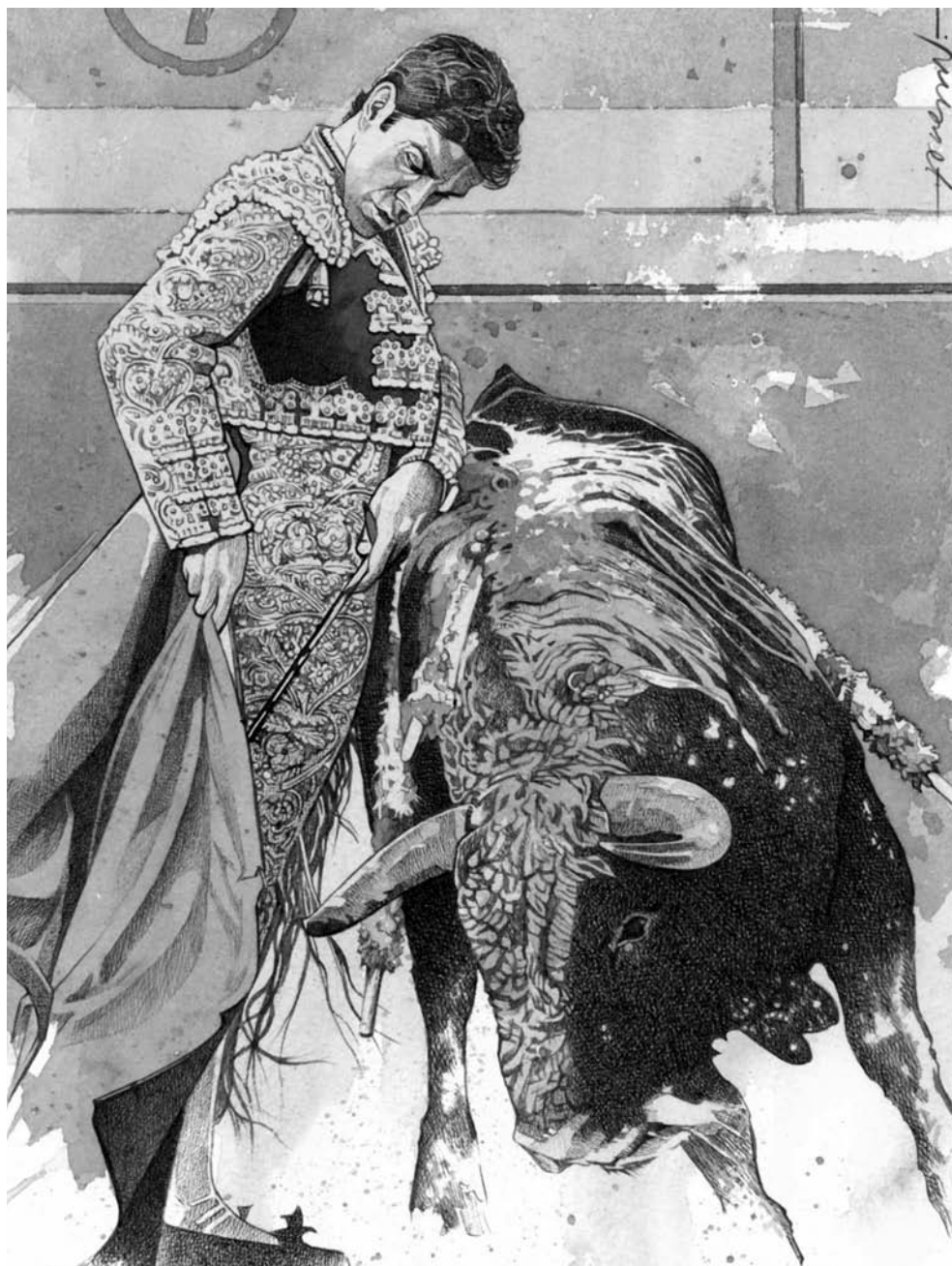
Keywords

Bullfighting. Sadism. Narcissism.

■ **Apunte histórico-cultural**

La tauromaquia estuvo prohibida durante distintos períodos de nuestra historia, quizás el más notorio durante los reinados de Carlos III y Carlos IV. A mediados del

El autor es doctor en Medicina y Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Este escrito está parcialmente basado en el capítulo 'La tauromaquia' del libro del autor *Visiones de España: Reflexiones de un psicoanalista*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004. Agradezco al Dr. Óscar Garnés su asistencia en la investigación periodística de datos taurinos y al Excmo. Sr. D. José Paniagua Gil su asesoramiento en materias histórico-jurídicas.



José Tomás en la plaza (Fernando Fueyo).

siglo XVI, el Papa Pío V condenó los festejos taurinos —*agitatio taurorum*— bajo pena de excomunión. El rey Felipe II encareció al Papa sucesor, Gregorio XIII, que levantase dicha prohibición, a lo que éste accedió. La petición de Felipe II no estaba basada en su gusto por la tauromaquia, sino en el hecho de que, a pesar de la prohibición, continuaban celebrándose fiestas con toros. A ellas acudía un gran número de ciudadanos —entre los que se contaban no pocos eclesiásticos disfrazados— despreciando el riesgo de excomunión. El rey arguyó en su carta que prohibir dicho espectáculo sería hacer “gran violencia” a su pueblo. Más tarde, Roma intentó condenar la lidia de los toros, pero nunca se consiguió erradicar la pasión de los españoles por su fiesta nacional. Es significativo que ni siquiera la Inquisición, de habitual tan intransigente, interfiriese en la celebración de los espectáculos taurinos (Chaunu, 1976).

En la España del siglo XVIII la lidia taurina sufrió una modificación revolucionaria cuando los toros pasaron de ser lidiados por caballeros con rejón a caballo, a ser toreados a pie por toreros de las clases populares. La nueva preferencia por el toreo a pie fue reflejo de los cambios sociales de la época. En su monumental obra *Los Toros*, Cossío (1982) versó elocuentemente sobre las vicisitudes históricas y sociológicas de la transformación de la lidia de un ejercicio caballeresco en uno popular. También es bien conocida la tesis de que la institucionalización de la fiesta de los toros a comienzos del siglo XIX constituyó una reacción a la invasión francesa y a las costumbres clasistas supuestas por la Ilustración.

Sin duda, la lidia de los toros ha proporcionado una base muy importante de identidad cultural y de reafirmación del casticismo. “Dejaría de ser madrileño / Ni tampoco sería español, / Si esta tarde de sol y de toros / No me fuera a un tendido de sol”, reza una estrofa de la zarzuela *La Chulapona* (Romero y Fernández Shaw). Varios pensadores españoles han coincidido en que, a lo largo de la accidentada historia del país, la “fiesta nacional” ha resultado ser el fenómeno social que mayor continuidad ha dado al carácter hispano, la manifestación tradicional que ha proporcionado una mayor cohesión e identidad cultural a lo español. Ortega y Gasset afirmaba que no era posible comprender en profundidad el devenir de España sin conocer la historia de la tauromaquia, preguntándose por qué la intelectualidad del país se había resistido a reflexionar y teorizar seriamente sobre la fiesta que más regocijo había proporcionado al hombre hispano durante siglos. Unamuno decía que en la afición a los toros había algo trágico que permitía penetrar hasta las más recónditas honduras de nuestro pueblo. Américo Castro estimaba que la tauromaquia era el “rito solemne del auténtico hispano” y Pérez Galdós opinaba que el “apetito” por la fiesta de los toros se hallaba en el fondo mismo del carácter nacional (cf. Amorós, 1988).

Sin embargo, otros pensadores españoles han sostenido que la tradición de los toros no constituye parte esencial de nuestra identidad cultural y que, además, ha contribuido a nuestro relativo retraso con respecto a otras sociedades europeas, si no a co-

sas peores, como a nuestro supuesto espíritu sanguinario. Esta división de opiniones se ha mantenido vigente hasta la actualidad. Blasco Ibáñez (1908) escribió con ironía: “Los hijos de los que asistían con religioso y concentrado entusiasmo al achicharramiento de herejes y judaizantes se dedicaron a presenciar con ruidosa algazara la lucha del hombre con el toro, en la que sólo de tarde en tarde llega la muerte para el lidiador. ¿No es esto un progreso?”, añadiendo, “La única bestia en la plaza es la gente”. A finales del siglo XVIII, Jovellanos (1790) declaró que la lidia de toros era una “diversión sangrienta y bárbara”, sosteniendo que cuando el gobierno aboliese el espectáculo de los toros “sería muy acreedor a la estimación y a los elogios de los buenos y sensatos patricios”. En estas palabras se percibe claramente cuál era la tónica de las clases sociales con respecto a la afición a los toros. Aquí también resultaba aplicable aquello de “las dos Españas”. Sin embargo, los toros acabaron interesando asimismo a un sector de la aristocracia. Varios monarcas, entre ellos Isabel la Católica, expresaron horror a la tauromaquia, pero otros, como algunos Borbones, han mostrado afición proverbial por la fiesta nacional. En efecto, de los “patricios”, sólo algunos se opusieron a los espectáculos taurinos. Fernando VII los promovió, al tiempo que mandaba cerrar universidades por temor a que los jóvenes secundasen ideas jacobinas. De aquí que en otra conocida zarzuela, *Pan y toros*, del maestro Barbieri, un corregidor cantara el ramplón, “¡Pan y toros!, ¡pan y toros!, / Al pueblo y la aristocracia, / Y en vez de universidades / Escuelas de tauromaquia”. Hoy día, la falta de distingos clasicistas en lo referente a la afición a los toros es exponente de la evolución de nuestra sociedad.

La realidad es que la mayor parte de los pensadores, literatos y artistas españoles han ensalzado los valores psicológicos y estéticos de la fiesta de los toros. García Lorca (1936) llegó a decir: “El toro es, probablemente, la riqueza poética y vital mayor de España. Creo que los toros es la fiesta más culta que hay hoy en el mundo”. La admiración por la tauromaquia ha abarcado amplísimos sectores de la vida intelectual y artística española, desde Moratín a Pérez de Ayala, desde Miguel Hernández a Gerardo Diego, desde Américo Castro a Salvador de Madariaga o desde Antonio Gala a Fernando Savater. Este último dijo: “Si fuera dictador eliminaría las corridas de toros, pero como no lo soy ¡no me pierdo ni una!”. Esta actitud parece representativa del sentir de un gran número de intelectuales españoles.

La historia de la tauromaquia proporciona un buen campo para el estudio de las transacciones psicológicas relativas a la tolerancia y la crueldad. La evolución del reglamento de nuestra fiesta nacional refleja el intento de llegar a distintos compromisos entre las inclinaciones *sádicas* de la afición (en el sentido de su fascinación por el riesgo corrido por el torero y el sacrificio del toro) y la cambiante sensibilidad de la sociedad con respecto a los espectáculos sangrientos. El debate en la Comunidad Europea sobre el tema es exponente de dicho relativismo.

Por una parte se defiende esta manifestación cultural arraigada secularmente en las aficiones populares de nuestro país. Por otra, los activistas pro-derechos de los anima-

les abogan por la prohibición del cruel sacrificio de reses en los cosos taurinos. Por un lado se aduce que se celebran espectáculos taurinos en el setenta por ciento de los pueblos y ciudades de España, contribuyendo a mantener un ecosistema único en el mundo, a pagar muchos jornales y a financiar más de mil empresas ganaderas (Laplazareal, 2007). Por otro, se señala como altamente significativo que el Parlamento Europeo haya decidido suprimir el subsidio para los animales criados con el fin de morir en el ruedo (NPR, 2008). Por una parte se convocan en Bruselas actos de homenaje a nuestra fiesta como “patrimonio nacional” (Navarro, 2008). Por otra, militantes antitaurinos saltan al ruedo de las Ventas ante el consentimiento de la policía (Burladero.com, 2008). Por un lado, se proclama Miembro de la Real Academia de Córdoba al torero Enrique Ponce. Por otro, se produce una manifestación contra la fiesta de los toros en la misma ciudad. Y tanto una postura como la otra buscan legítimo amparo dentro del marco jurídico.

Perspectiva social

Se calcula que unos sesenta millones de personas en todo el mundo son espectadores de festejos taurinos. La afición a la tauromaquia es debida a que proporciona un marco único para el desahogo y la proyección de pulsiones instintivas reprimidas. Claramente, su atractivo central es el de la gratificación inconsciente de las pulsiones sádicas. El dolor y la muerte del toro se dan por supuestos. En la mente de toda la afición está el hecho de que pueden correr la misma suerte los caballos y, por supuesto, los toreros. Por lo que respecta a los caballos recordemos que, en la dictadura de Primo de Rivera, se aprobó la disposición de que salieran a la plaza con peto protector y evitar así que fueran destripados con excesiva frecuencia por los toros. Un sector de la afición opinó entonces que la fiesta había perdido parte importante de su sabor. La fiesta gira en torno a la muerte del cornúpeta tras unas series artísticas ritualizadas de tortura. Los nombres mismos de los oficios ‘matador’, ‘picador’, ‘banderillero’, ‘puntillero’ no pueden ser más gráficos. Si el torero ha cumplido bien puede llevarse a cabo, además, la mutilación *post mortem* del toro que, en la actualidad, suele limitarse a las orejas.

La profesión del toreo constituye una encrucijada fascinante de peligro y gloria, de miedo y arrojo, de exhibicionismo o humillación, de inmortalidad u olvido, de azar y cálculo, de valor y experiencia, de belleza y de carnicería. Pocas situaciones hay más imponentes que el conjunto de circunstancias que ha de arrostrar un matador en el coso taurino. De él, Pablo Neruda (1961) escribió, “En la plaza infinita de ojos sacerdotales / Un condenado a muerte que viste en esta cita / Su propio escalofrío de turquesa, / Un traje de arco iris y una pequeña espada”.

La afición exige al matador que se arrime al toro, es decir, que se juegue la vida. Un dicho popular afirma que es el público quien da las cornadas. El diestro *Silvela* decía



Torero muerto, 1864 (Edouard Manet).

perceptivamente: “Estoy deseando tomar una corná pa complacer cuanto antes a la afición” (López Pinillos, 1987). Es muy conocida la anécdota de Valle-Inclán, en que tras alabar a Belmonte, le apostilló: “¡Juanito, no te falta más que morir en la plaza!”; a lo que éste respondió: “¡Se hará lo que se pueda, don Ramón!” (Chaves Nogales, 1935).

El ritual de la corrida, establecido rigurosamente por Paquiro, pretende precisamente proporcionar un continente al sadismo. Para comprobar lo que era el sadismo menos disfrazado de otrora bastará ojear la *Carta histórica sobre el origen y progreso de las fiestas de toros en España* de Moratín (1776), o contemplar los grabados de Goya sobre la *Tauromaquia*. En *Viajes por España*, un libro bastante popular escrito por un autor holandés anónimo a comienzos del siglo XVIII, puede leerse lo siguiente: “El deseo que muestra esa nación de matar a los toros es increíble. Si por azar el pobre animal pasa cerca de los tendidos, lo atraviesan con mil golpes de sus espadas, y cuando lo derriban quieren apoderarse de su cola o sus partes vergonzosas, que se llevan en sus pañuelos como señal de alguna victoria” (M., 1700). Hasta 1904 se organizaron peleas de toros contra otras fieras. A los toros mansos se les echaba perros de presa, costumbre que fue sustituida por la más benigna de las banderillas de fuego. En su origen, las banderillas fueron arpones que tanto los toreros como los espectadores arrojaban al toro. El desjarrete del animal y su matanza multitudinaria fue diversión muy celebrada.

Para ampliar más la idea de lo sanguinario de dichas fiestas, recordaremos este relato de Eugenio Noel (1924), escritor de estampas costumbristas: “Se ponen a la salida del toril, en dos filas, los mozos armados de pinchos y rejones, y el toro no llega nunca a los últimos, por lo que los mozos se pelean por no estar en los últimos puestos”. Fue-

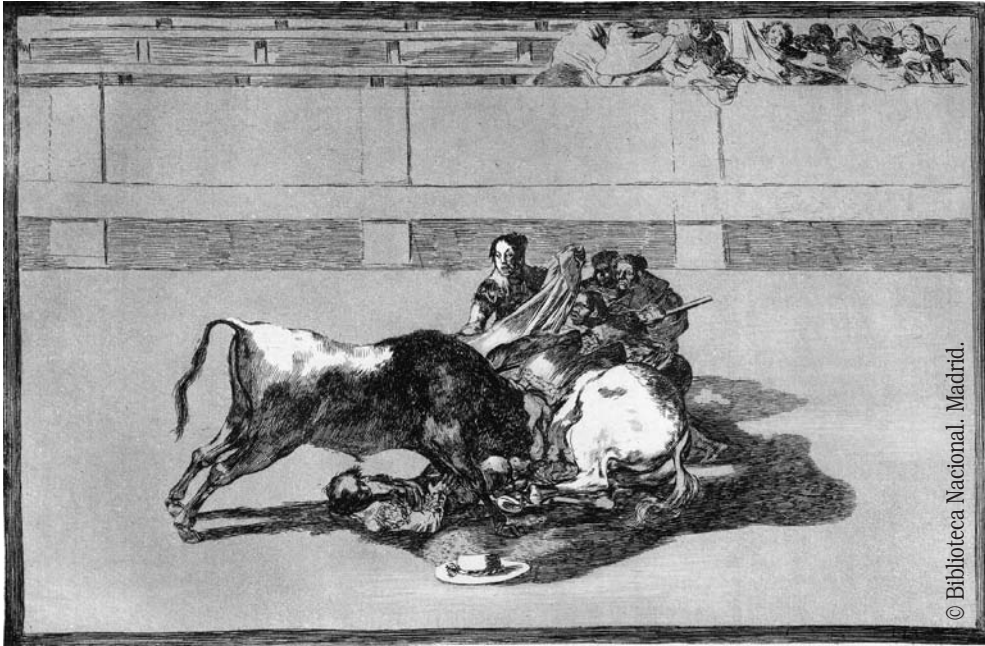
ra de los cosos también podían contemplarse otras manifestaciones de virilidad cerril, supuestamente enaltecedora del *sex appeal* ante las mujeres. El mismo autor cuenta cómo en un pueblo manchego, “Por San Pantaleón [los mozos] ofrecen a las novias matar al toro de un estacazo. Pero de un estacazo sólo, no vaya a imaginarse de bulto que el toro necesita dos”. Fue popular el despeño de los toros y el embolado de sus astas con pelotas de resina ardiendo, costumbre que en algunos pueblos se ha abandonado recientemente, no tanto por compasión hacia el animal como por evitar incendios. El sadismo de la tauromaquia actual, pues, resulta pálido al lado de las prácticas taurinas de antaño. Aunque en algunas comarcas aún persisten costumbres como las descritos, la fiesta se ha “humanizado”.

Perspectiva psicoanalítica

En la plaza de toros, los ánimos del público fluctúan mucho. La afición ovaciona y vitupera, aplaude y abuchea, se entusiasma y se indigna. A veces, el objeto de este dispar tratamiento es un solo torero en una sola faena. Una característica de la mente en conflicto —que es la vertiente del psiquismo estudiada por la ciencia psicoanalítica— es la *ambivalencia* interpersonal y quizá sea esta ambivalencia lo que, de forma hipertrofiada, defina mejor los sentimientos del público de una plaza hacia el torero. Belmonte decía resignadamente, “La gente llenaba las plazas esperando o temiendo que me matase un toro” (Chaves Nogales, 1935). Habría sido más astuto decir que la afición acudía a la plaza esperando y temiendo verlo morir. En efecto, cada vez que un toro se arranca, el aficionado experimenta dos deseos en conflicto: que el torero sea cogido y que el lance no tenga consecuencias sangrientas. Sólo el último suele ser consciente. Estos deseos contrapuestos satisfacen en el espectador dos instancias psíquicas diferentes: el Ello de los instintos y el Superyó de la conciencia. En efecto, el torero es objeto de la proyección de instintos y deseos contrapuestos. Los condicionamientos históricos de esta ambivalencia dictan las preferencias con respecto a las prácticas taurinas. El público que asiste a una corrida pide al torero que se acerque a los cuernos mortíferos del animal, pero, simultáneamente —no *en vez de*, como suele pensarse— no quiere presenciar una desgracia (Paniagua, 1992).

Observó Robert Waelder (1965), “El psicoanálisis, ciertamente, es consciente de la crueldad implícita en la pasión de las corridas de toros, pero las faenas son más que un espectáculo sádico. En la corrida de toros contrasta dramáticamente la furia incontralada de la bestia con la fuerza del hombre originalmente mucho menor, pero superior por su control cerebral. David vence a Goliath”. Ciertamente, la cara y cruz de lo humano contra lo animal, de la inteligencia contra el instinto, de la vida contra la muerte deben resultar interesantes para el psicoanálisis.

Sin embargo, existen muy pocos trabajos publicados sobre la tauromaquia en la literatura psicoanalítica. En uno de ellos, de Winslow Hunt (1955), se puede leer: “Es sor-



Caída de un picador de su caballo debajo del toro, 1815-1816 (Francisco de Goya).

prendente que una institución tan dramática y anacrónica no haya despertado más el interés de los psicoanalistas”. La escasa atención prestada por el psicoanálisis a esta espectacular manifestación cultural ha sido atribuida a la influencia del prejuicio. El psicoanalista Martin Grotjahn (1959) sostenía: “Los aspectos horribles de la tauromaquia anulan el interés que posee la simbolización inherente a su ritual. Quizás esto explique la escasez de los intentos analíticos de interpretación de la fiesta”. En algunos de los artículos psicoanalíticos sobre la tauromaquia, la fiesta ha sido interpretada como la representación de un drama edípico: el hijo derrota al padre; la cuadrilla del matador sería lo que en *Tótem y tabú*, Sigmund Freud conceptuó como “horda fraterna”. Las normas y estipulaciones rituales por las que se rigen las corridas podrían ser interpretadas como estrategias psicológicas defensivas contra la culpabilidad inherente al *parricidio* simbólico. Los imperativos categóricos condenatorios de la conciencia del propio matador se ven contrapesados por la aprobación social del medio —en la medida en que el Superyó individual continúa siendo permeable a la influencia externa—. En este contexto parece pertinente la idea freudiana de la “fiesta conmemorativa [que] convierte en un deber la reproducción del parricidio en el sacrificio del animal totémico” (1912-13).

Freud había escrito en 1901: “Zeus parece haber sido primitivamente un toro, y también nuestro viejo Dios habría sido adorado primero como toro” (Freud, 1950). Abundante experiencia psicoanalítica ha revelado que la idea de Dios procede de fantasías relativas a la percepción por parte del niño de la figura paterna como omnipotente. Por tanto, el sacrificio del toro-Dios ha de representar una continuación o, si quiera, un eco del impulso original —reprimido luego— hacia el parricidio (Desmonde, 1952). En este sentido, puede juzgarse como una intuición genial que García Lorca (1933) hablase de “la liturgia de los toros, auténtico drama religioso donde, de la misma manera que en la misa, se adora y sacrifica a un Dios”.

Es cierto que, para la afición, el torero también puede ser depositario de los deseos *parricidas* —asimismo infantiles e inconscientes— si se le conceptúa, no como un ser débil, sino como uno fuerte que se burla de un animal estúpido; pero es más común tomar a la bestia como objeto de proyecciones parricidas, puesto que en nuestra niñez olvidada casi todos hemos experimentado la figura paterna como grande y amenazante. Tanto en el caso de los toreros como en el de los espectadores, la lidia y muerte del poderoso toro satisfaría entonces el deseo edípico reprimido de vencer y eliminar al rival paterno. Por cierto que, al ser el daño genital el peligro que, a manos del padre, paradigmáticamente más teme el niño en la edad edípica, quizá sea revelador el riesgo real de castración que corren los toreros en el ruedo. También parece significativo que el cambio de suertes en la corrida, que incluye el permiso para matar al toro, sea dictado, no por los toreros ni por el público, sino por el presidente de la plaza, una figura parental. Ello hace que la representación paterna se escinda en el toro, el torero y el presidente, lo que contribuye a que la culpa se desplace y comparta entre distintas figuras (Paniagua, 1994).

Justificaciones y relativismo del sadismo

La mayoría de los espectadores de una corrida de toros rechazaría la idea de que van a los toros con fines cruentos. Tampoco aceptarían que su propósito era contemplar el sufrimiento y la muerte de los animales. Blasco Ibáñez escribió sagazmente en *Sangre y Arena* (1908): “Todos gritaban con vehemente ternura por el dolor de la bestia, como si no hubiesen pagado para presenciar su muerte”. Psicológicamente, el torero recurre también a la justificación (o *racionalización*) de que por medio de su oficio está matando a una peligrosa bestia salvaje, o, como dijera Pepe-Illo, “a una fiera, acaso la más feroz burlada por los hombres” (Delgado, 1796). La conclusión exculpatoria es la de que el toro es un agresor al que el torero intenta eliminar. Puede convencerse de que lo mata en defensa propia.

Más aún repugnaría a los espectadores la idea de que habían acudido para presenciar una cogida y estarían parcialmente en lo cierto, porque, desde luego, no es ésta su *única* motivación. Aducirían argumentos conscientes y más presentables al Superyó,

como el estético. La mayor parte de los aficionados argüiría sencillamente, y con razón, que la tauromaquia es una fiesta sin par en el mundo, un espectáculo emocionante y hermoso en el que se demuestra la bizarría, el arte y la inteligencia de un hombre ante una bestia brava. Aunque comprensible, toda esta argumentación es adicional y no sustitutiva del sadismo inherente a la tauromaquia. Cuando los asistentes a una corrida dicen que padecen con el sufrimiento y se alarman si el diestro resulta herido por el toro, no son conscientes de que estos sentimientos son reactivos a sus ocultos deseos sádicos. Puede uno recordar aquí el dieciochesco romance *Fiesta de toros en Madrid*, de Moratín, que concluye, “La popular alegría / Muchas heridas costó”.

En efecto, al público le agrada secretamente la idea de lamentar tragedias, llorar a las víctimas y horrorizarse por los sucesos sangrientos. Además, la excitación ante el peligro del prójimo puede ser placentera. El torero Manuel Suárez decía: “Er público zuerta la mozca pa que le tenga usté sin rezoyá de puro azustao” (López Pinillos, 1987). Esta experiencia está emparentada con la atracción que despiertan las representaciones terroríficas. Éstas nos permiten proyectar sobre figuras externas temores y dramas internos, evadiendo la propia sensación de peligro. Respecto a este tipo de siniestra atracción, Freud (1919) conjeturó: “Lo siniestro en las vivencias se da cuando complejos infantiles reprimidos son reanimados por una impresión exterior, o cuando convicciones primitivas superadas parecen hallar una nueva confirmación”. Según esta formulación, podría decirse que la afición se siente atraída por lo siniestro de las corridas debido a que éstas constituyen un escenario apropiado para la representación proyectiva de dramas sádicos inconscientes del pasado infantil. Puede insistirse en la belleza y el arte como argumento central en la atracción a los festejos taurinos, pero ¿cómo explicarnos entonces, por ejemplo, la enorme popularidad de nuestros célebres, aunque poco “artísticos”, encierros?

Existen ingeniosas *racionalizaciones* para justificar el cruel espectáculo de la tauromaquia. Por ejemplo, se recuerda que el toro intenta matar al torero, como si el animal hubiese elegido ir a la plaza con esa intención. José Ortega y Gasset (1929) escribió: “¿Es de mejor ética que el toro bravo desaparezca como especie y que muera en el prado sin que muestre su gloriosa bravura?”. Atribuyendo al animal sentimientos humanos, Enrique Tierno Galván (1951) opinó que, “El toro vive en el ruedo una gloriosa aventura coronada por la mayor concesión que el hombre pueda hacer con el animal: la lucha franca e igualada”. Llega a pensarse incluso que el destino natural del toro de lidia es ser muerto en la plaza, que, como escribió Miguel Hernández en *Corrida real*, “Ya en el tambor de arena el drama bate / Mas no: que por ser fiel a su destino, / El toro está queriendo que él lo mate”.

Junto con estas justificaciones racionalizadas entra en juego la defensa psicológica del *aislamiento del afecto*. Ésta nos permite mantener disociada la emoción displacentera que correspondería a la contemplación de un espectáculo cruento. Esta defensa inconsciente también se halla mediada culturalmente. Así, a una persona que se haya criado en un medio en que no existe la tauromaquia le resultará más difícil que a un

hispano asistir desensibilizada a una corrida. Durante la invasión napoleónica, en España los oficiales franceses —los mismos que ordenaban los fusilamientos públicos— se horrorizaban ante los espectáculos taurinos. Théophile Gautier (1845), en su libro *Viaje por España*, comentaba sorprendido: “La costumbre lo es todo, y el aspecto sangriento de las corridas (lo que más impresiona a los extranjeros) es el que menos preocupa a los españoles, atentos al mérito de los lances y a la destreza desplegada por los toreros”. El novelista francés Henry de Montherlant (1926) cuenta en un interesante relato cómo un torero es increpado por un pescador por su sádico oficio y aquél le responde que lo que a él le repugnaría sería sacar peces del agua y “tener al lado un cestito como ése lleno de agonías”.

También ocurre que un extranjero puede superar su repulsión inicial y convertirse en un ferviente aficionado. Es como si el gusto por el espectáculo del público de alrededor diese luz verde al sadismo reprimido. Prosper Mérimée (1830-53) escribió en una carta a un amigo: “Es cierto que no hay nada más cruel ni salvaje que las corridas. Fui a una por curiosidad, sólo para ver todo lo que hay que ver en esta vida y, ¡bueno!, ahora experimento un placer inefable viendo picar al toro, el destripamiento del caballo, la cogida de un torero. Uno se implica emocionalmente con un toro, con un caballo, con un hombre, diez veces, mil veces más que con ningún personaje de tragedia”. También Alexandre Dumas (1847) exclamó: “¡Cómo va uno a escribir dramas después de contemplar esto!”.

Una pregunta clave en todo este asunto es: ¿fomenta la tauromaquia el sadismo de la afición, o más bien lo canaliza dentro de un marco estético? La cuestión a dilucidar sería la de si la aceptación social del espectáculo de los toros promueve la expresión sádica de unos instintos agresivos que podían haberse sublimado por derroteros socialmente más útiles; o si, por el contrario, neutraliza su potencial destructivo por medio de la descarga parcial de dichos instintos. Después de todo, hoy día el aficionado se limita a tener fantasías asesinas, a vociferar y, como mucho, a tirar almohadillas. La respuesta a esta pregunta es, con toda seguridad, que la fiesta de los toros lleva a cabo *ambos* cometidos psicológicamente contradictorios en el espectador.

Para una respuesta cabal al planteamiento de disposiciones prácticas respecto a la conveniencia social de la pervivencia de la fiesta de los toros serían necesarios estudios multidisciplinarios serios, pero se trata de una manifestación muy enraizada en nuestras tradiciones y, por tanto, difícil de examinar desapasionadamente. Señalemos, no obstante, que en lo referente al sadismo, otros países han llegado a diferentes transacciones psicológicas colectivas en sus costumbres, deportes, espectáculos, etcétera, y que difícilmente podría hallarse una que fuera estética y psicológicamente más completa que la tauromaquia. Además, recordemos que, a lo largo de la historia, el inevitable sadismo del ser humano se ha visto sancionado en decisiones culturalmente aceptables que no han implicado derramamiento visible de sangre. Es fácil pensar en naciones que se han permitido un considerable grado de sadismo en sus medidas políticas y económicas. Teniendo en cuenta esto, quizá cobre más sentido la antes mencionada frase de García Lorca: “Los toros es la fiesta más culta que hay hoy en el mundo”.

Identificaciones y narcisismo

Los espectadores experimentan fuertes sentimientos no sólo hacia el torero, sino también hacia el toro. En efecto, podemos identificarnos con el animal antropomorfizado. Miguel Hernández (1934-35) reconoce una similitud con éste en los versos: “Como el toro he nacido para el luto / Y el dolor, como el toro estoy marcado... / Como el toro te sigo y te persigo, / Y dejas mi deseo en una espada, / Como el toro burlado, como el toro”. El Superyó del aficionado pone objeciones, conscientes o no, a la tortura y el sacrificio del animal. Esto crea un conflicto intrapsíquico, porque el espectador se pone también, claro está, de parte del torero. Si el toro es visto inconscientemente como la encarnación de pulsiones inaceptables, de los propios impulsos “bestiales”, la afición aprobará la agresión contra el animal. De hecho, suele hablarse de “castigar” al toro. Pero si el espectador percibe al torero como merecedor de represalias por su conducta sádica de sesgo parricida, su Superyó puede formar en la fantasía una alianza con el potencial homicida del animal. Claramente, el toro puede verse, al igual que el torero, como agresor *y* como víctima. El público reacciona conforme a la oscilación de sus identificaciones.

Para la afición es importante saber que el toro tiene una oportunidad de matar a su matador, que no se trata de una caza. El igualamiento de las fuerzas posibilitado por el toreo a pie que, en su día, hizo de la lidia un oficio popular al facilitar las identificaciones de la mayoría con el torero, añadió un atractivo crucial a la tauromaquia. Si el lidiador arriesga poco, el equilibrio se rompe. En su *Viaje a España* (1830-1853), Prosper Mérimée escribió: “En cuanto desaparece el peligro, ya no se ve sino mozos de carnicería que martirizan a un pobre animal [...] Sólo el peligro hace olvidar la asquerosidad de la sangre y de las entrañas desparramadas”. Cuando el picador se ensaña con el animal o cuando el espada mata torpemente, la afición se enfada. Lo que se percibe como abuso del animal despierta sentimientos de culpabilidad asociados a fantasías sádicas reprimidas. Un protagonista de *Sangre y Arena* de Vicente Blasco Ibáñez (1908), grita: “¡Martirizar así a un bicho que valía más que él!”. También se indigna la afición si piensa que el toro sale al ruedo afeitado de pitones. Una vez más, se altera el equilibrio preciso, aunque cambiante con las épocas, en la lucha entre el hombre y la bestia. De todos es conocido que, tanto las dimensiones de la puya en la suerte de varas, como la integridad de las astas de las reses de lidia han sido objeto de estricta reglamentación (Portaltaurino.doc, 2006 y 2008).

Existe también la identificación con la actitud exhibicionista del diestro. En efecto, una de las dinámicas más importantes en la organización mental del torero es la de la *gratificación narcisista*. Es el deseo de “desvanecerse inundado de luz, fulgir como una estrella, alzar tempestades de palmadas”, que dijera *Bombita* (López Pinillos, 1987). Indudablemente, el colorido de las corridas, el atuendo de los toreros, las diversas suertes, la misma plaza, proporcionan un escenario especialmente apropiado para el despliegue y la gratificación del exhibicionismo narcisista. Recordemos a modo

de testimonio la confesión de Manuel Machado: “Antes que un tal poeta, mi deseo primero / Hubiera sido ser un buen banderillero”. Los momentos de gloria suelen resultar magnéticos. El placer, de origen infantil, de despertar gran admiración puede compensar muchas penalidades. Este afán por causar pasmo es el que expresaba *Larita* cuando decía: “Er público horrorisao —que es como debe está—, me hasía una ovación y me desía ¡salvaje!” (López Pinillos, 1987). Los sueños de esplendor e inmortalidad sirven, a su vez, para contrarrestar sentimientos pretéritos de inferioridad. Cuando el torero se siente muy apremiado a obtener una sensación de grandiosidad en el ruedo, o cuando necesita la aclamación de la afición a cualquier precio, se verá impulsado a poner su vida en un peligro mayor de lo que le aconsejaría su sentido común.

Ciertamente, la afición admira el valor y el arte del torero. En la ovación a las buenas faenas el público empatiza con el diestro y se identifica con su gloria heroica. Adriano del Valle escribió el poema *Dedicación a Manolete*, que resulta instructivo al respecto. Unos de sus versos dicen así: “Cuando saliste a la plaza / Como un sol en su apogeo, / Siendo cumbre del toreo / Lo eras también de tu raza” (en Olano, 1988). Cuando la plaza vibra con el matador, participa por unos instantes de esa exaltación egocéntrica que constituye, en realidad, la regresión al gozoso sentimiento de la omnipotencia exhibicionista de la infancia. Pero esa reacción emocional tiene poco que ver con un afecto verdadero hacia el torero. Éste sabe, o la experiencia le hace aprenderlo pronto, que el fervor de la afición de una tarde puede trocarse en animadversión a la siguiente o, peor aún, en indiferencia. Muchas figuras del toreo han temido más al ocaso de su popularidad que a las mismas cornadas. El torero, desconocido personalmente para la mayoría, no es más que depositario de las pasiones de la afición; éstas pueden transferirse sin transición a otro torero, objeto de proyecciones similares. Lo de menos es el protagonista, lo que más pesa es el contenido que inconscientemente se proyecta sobre él.

Rivalidad, envidia y erotismo

Para los espectadores, la fiesta taurina ofrece otras pantallas importantes de proyección de conflictos inconscientes. Una de ellas es la de la rivalidad fraterna implícita en la competitividad de los toreros. En la historia de la tauromaquia hay una larga lista de famosas parejas rivales: Pedro Romero y *Pepe-Illo*, *Cúchares* y *Chiclanero*, *Lagartijo* y *Frascuero*, *Joselito* y Belmonte... Vienen a la mente los versos lorquianos del *Café de Chinitas*, donde “Dijo Paquiro a su hermano: / Soy más valiente que tú, / Más torero y más gitano”.

Cuando uno de los toreros es cogido, el público puede encarecer cautela al rival, como, según cuenta Belmonte, ocurrió tras la muerte de Joselito. Se trató de un caso de generalización del remordimiento por el grado de arrojo exigido previamente a los

matadores. Sin embargo, en otros casos, como en el de la también famosa pareja *Dominguín-Manolete*, la reacción del público tras la muerte de este último fue muy distinta. *Dominguín* contó cómo después de la tragedia comenzó a recibir insultos atroces cada vez que salía al ruedo. Esto se debía a que parte de la afición pensaba que había contribuido a la muerte de *Manolete* por su indecisión en el momento de hacerle al toro el oportuno quite. El público lo encontraba responsable de la tragedia, mitigando así el peso de su propia culpa por el fatal cumplimiento de sus deseos homicidas inconscientes.

La posición privilegiada del torero de cartel —dinero y fama en la juventud— inspira admiración, pero también *envidia*, inevitable cara de la misma moneda. Es común que el espectador intente compensar este doloroso sentimiento, que denota inferioridad y, además, es censurable para la conciencia, por medio del de superioridad. Así, se erige en juez de lo que pasa en el ruedo, hace exigencias al torero y se arroga la prerrogativa de la aprobación o el insulto. Encontramos un ilustrativo ejemplo de este comportamiento en un comentario de Belmonte. Afirmaba éste que, como *Joselito* y él torearon muchas corridas sin percance, “el espectador llegó a tener la impresión de que le estábamos estafando, de que habíamos eliminado el riesgo de la lidia y nos enriquecíamos impunemente” (Chaves Nogales, 1935). ¡Impunemente! Belmonte percibió claramente la dinámica de la envidia del público: una desgracia “punitiva” habría hecho que éste se sintiese menos envidioso.

Existe otra fuente de envidia del torero, que es la referente a la imagen de la *masculinidad*. A este respecto el torero parece superior por su valor superlativo. En el folclore español hay numerosas canciones y dichos sobre esto. Enrique Tierno Galván (1951), lo resumió así: “Todos y cada uno de los que contemplan la lidia están haciendo pública confesión de lo que en otro caso es inconfesable: que en hombría el torero vale más”. El torero, cuyos ingresos y éxito dependen de la aceptación del público, ha de amoldarse, a su vez, a los deseos de la afición. Seguramente es sintomático que tantos toreros hayan adoptado —o aceptado— sobrenombres infantilizadores, como *Manolete*, *Machaquito*, *Paquirri*, *Joselito*, *Chicuelo*, *Morenito*, *el Niño de...*, o sobrenombres que tienen más de ridiculizante que de cariñoso, como *Lagartijo*, *Cagancho*, *Platanito*, *Bombita*, *Gordito*, *Cara-ancha*, etc. Suele resultar condescendiente y despectivo llamar a un hombre por su diminutivo o su alias, pero el uso de éstos puede contribuir a “perdonarles” el éxito.

Las prácticas taurinas pueden tener, además, una dimensión *erótica* para la afición. Tierno Galván (1951) adujo numerosos ejemplos del léxico de la tauromaquia que se emplean con significado sexual, haciendo la siguiente afirmación machista: “En lo que afecta a las relaciones eróticas, la mujer se ve como una entidad rebelde y bravía a la que hay que domeñar por los mismos medios y técnica que se emplean en la brega taurina” (!). En cuanto a simbología sexual, atendamos a este fragmento de la zarzuela *La zapaterita* (libreto de J.L. Mañes), en que una protagonista canta: “Caballero cortesano, / Caballero de mi amor, / En la suerte de rejonos / El que clava más alto el re-

jón [...] / Con su caballo bayo / Clava rejones, / Y clava de las hembras / Los corazones". A ningún lector se le escapará la equivalencia libidinosa de estas metáforas.

No es ajeno a la torería tampoco el fenómeno que los psicoanalistas conocemos como la *erotización del peligro*, en el que se funden las respuestas psicofisiológicas ante el miedo con la excitación sexual. Usemos un ejemplo de la biografía de Belmonte en el que el "maestro de Triana" dijo: "Me atrevería a esbozar una teoría sexual del arte de torear [...]. Esa emoción que le hace a uno acercarse al toro con un nudo en la garganta tiene, a mi juicio, un origen y una condición tan inaprehensible como los del amor" (Chaves Nogales, 1935).

Además de las obvias implicaciones heterosexuales de estos testimonios, hay que tener en cuenta que, a un nivel más profundo, la tauromaquia puede tener significados *homosexuales* inconscientes. Después de todo, los protagonistas en la arena son machos flagrantes, salvo en los pocos casos de mujeres toreras. Hay un escalofriante pasaje de la novela de ese gran aficionado que fue Ernest Hemingway (1960), *The Dangerous Summer*, en que se narra una cogida de Ordóñez. El relato del percance evoca un coito sádico homosexual: "Al recibir al toro por detrás [...] el cuerno derecho se clavó en la nalga izquierda de Antonio. No hay un sitio menos romántico ni más peligroso para ser cogido [...] Vi cómo se introducía el cuerno en Antonio, levantándolo [...], la herida en el glúteo tenía seis pulgadas. El cuerno le había penetrado junto al recto rasgándole los músculos". En tono menos dramático podemos recapacitar sobre el hecho de que el toro vigoroso puede verse como representante de la virilidad, mientras que la fragilidad del hombre puede interpretarse como femenina (Frank, 1926). En realidad, el precioso y ajustado traje de luces, la coleta, los andares retrecheros y la actitud de exhibición han sido, en nuestra cultura, más propios de la mujer. Viene a la memoria la letra de otra zarzuela cómica, *La corría de toros* de Antonio Paso, en que se comenta de un torero: "Miré usted qué hechuras. / Mi'usté qué posturas. / Mire usted qué facha de perfil. / Un torero más bonito y más plantao / No lo encuentro ni buscao / Con un candil. / Mire usted qué tufos, / Mi'usté qué coleta, / Mire usted qué glúteo tan marcao...".

Masoquismo y angustia ante la muerte

Es evidente que el oficio toreril sirve para la expresión de tendencias masoquistas y, naturalmente, la afición reacciona ante la conducta potencialmente suicida de los diestros. Es común que a veces los toreros no parezcan darse cuenta de que ciertos pases son especialmente arriesgados con algunos toros, mientras que los espectadores lo perciben claramente. Como suele decir la afición, "los toros avisan". El psiquiatra Fernando Claramunt (1989) ha escrito sobre la psicogénesis y la psicopatología de las cogidas. En algunas ocasiones los toreros expresan abiertamente en la conducta, e incluso verbalmente, sus tendencias autodestructivas. El toreo de Belmonte fue considera-

do suicida por gran parte de la afición. Mucha gente iba a verle creyendo que serían testigos de su última corrida. Durante años Belmonte pensó obsesivamente en el suicidio y de viejo se quitó la vida.

En algunas cogidas autoinducidas o semiprovocadas puede discernirse también la dinámica de la venganza contra una afición —parental— sádica. El sacrificio masoquista del torero tendría como finalidad punitiva causar o fomentar en aquélla la culpabilidad. A este respecto, en un artículo con el título *El placer de ser cogido*, D. Harlap (1990) explicó elocuentemente la existencia de esta motivación en el caso de *Manolete*.

Además de todo esto, la tauromaquia constituye una forma culturalmente sintónica de enfrentarse a la angustia de la finitud, al miedo a la muerte que todo ser humano experimenta. Existen varias maniobras psicológicas contra esta angustia universal, como su soterramiento en lo inconsciente —que es lo que el término *represión* significa en el vocabulario psicoanalítico—. Se desarrollan también *formaciones reactivas*, que consiguen que el sujeto se autoconvenza de que la idea de la muerte no es espantosa, sino todo lo contrario: bella y deseable. Las *defensas maníacas* exaltan de forma compensatoria la vitalidad de las corridas y la falsa convicción de invulnerabilidad. Hay un mecanismo defensivo adicional: la *vuelta de lo pasivo en activo*, que hace en este caso que se mire a la muerte a la cara, por decirlo de forma gráfica, intentando dominarla *contrafóticamente*. El psicoanalista español Emilio Valdivielso (1977), hablando de Ignacio Sánchez Mejías, expuso la tesis de que, “Cuando el torero está toreando, torea y burla a la muerte que él mismo lleva dentro; y cuando mata al toro, está matando a su propia muerte”.

Dijo García Lorca (1933): “España es el único país donde la muerte es el espectáculo nacional, donde la muerte toca largos clarines a la llegada de la primavera”. La actitud recordatoria de la muerte es muy característica de la cultura española. Se constata en fenómenos como nuestra tradición mística o nuestra pintura tenebrista. La importancia de la muerte en nuestro arte y literatura es algo que llama poderosamente la atención de los extranjeros, y la tauromaquia debe considerarse como un caso típico de esta transacción psicológica cultural. La lidia de los toros supone un enfrentamiento a la muerte, a la que se esquivo y somete por los cauces del arte. El poeta Manuel Torres la calificó de “Divisoria de la vida / Para el torero y el toro, / Que a la muerte se convidan / El uno enfrente del otro” (en González Climent, 1961). Uno de los premios, generalmente inconsciente, en este singular convite es la sensación de haber vencido al horror de la muerte. Rafael Alberti escribió del toro: “Y burla burlando quiero / Mirar cómo se divierte / Del picador, del torero / Y hasta de la misma muerte” (1960, en Olano, 1988). Y Raphael E. Pollock (1974) hizo la aguda observación de que “quizá el drama de que a la muerte del toro le sigan otros toros y otras corridas es una ‘prueba’ de que la muerte no es el fin de todo”.

Concluiremos diciendo que la fiesta de los toros representa una compleja transacción psicológica, resultado de compromisos entre los gustos sádicos de la afición y su cam-

biente sensibilidad a la crueldad y a la muerte. En la actualidad, si se contempla demasiada sangre, si se hace sufrir al animal “excesivamente” o si el hombre corre muchísimo peligro, se herirá la sensibilidad de una mayoría. Si, por el contrario, estos aliados son escasos, desaparece el atractivo de la fiesta. Ésta constituye un marco único para la proyección de pulsiones instintuales y para la representación de simbolismos inconscientes, vehiculizado todo ello por medios altamente estéticos y tradicionalmente sancionados. No es de extrañar que la tauromaquia sea, como a menudo se dice, “un espectáculo inexcusable, pero irresistible”.

Bibliografía

- Amorós, Andrés (1988): *Toros y cultura*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Blasco Ibañez, Vicente (1908): *Sangre y arena*. Madrid: Alianza, 1998.
- Burladero.com: *Militantes antitaurinos*. 4 de mayo, 2008.
- Claramunt, Fernando (1989): *Historia ilustrada de la Tauromaquia*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Chaunu, Pierre (1973): *La España de Carlos V*. Barcelona: Península, 1976.
- Chaves Nogales, Manuel (1935): *Juan Belmonte, matador de Toros*. Madrid: Alianza, 1970.
- Cossío, José María de (1982): *Los toros*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Delgado, José (Pepe-Ilo) (1796): *La tauromaquia*. Madrid: Aguilar, 1971.
- Desmonde, William H. (1952): *The bullfight as a religious ritual*. *Amer. Imago*, 9: 173-195.
- Dumas, Alexandre (1847): *España y África*. Madrid: Sociedad literaria.
- Frank, Waldo (1926): *España virgen*, Madrid, Aguilar, 1989.
- Freud, Sigmund (1901, [1950]): *Los orígenes del psicoanálisis*. O.C. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
 - (1912-13): *Tótem y tabú*. O.C. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
 - (1919): *Lo siniestro*. O.C. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
- García Lorca, Federico (1933): *Teoría y juego del duende*. O. C. Madrid: Aguilar, 1967, pp.109-121.
 - (1936): “Diálogos de un caricaturista salvaje”. O.C. Madrid: Aguilar, 1967, pp.1814-1819.
- González Climent, Anselmo (1961): *Antología de poesía flamenca*. Madrid: Escelicer.
- Grotjahn, Martin (1959): *On bullfighting and the future of tragedy*. *Int. J. Psychoanal.* 40: 238-239.
- Harlap, D. (1990): *El placer de ser cogido*. *Taurología*, 3:85-87.
- Hemingway, Ernest (1960): *The Dangerous Summer*. Londres: Grafton, 1985.
- Hernández, Miguel (1934-35): *El rayo que no cesa*. *Antología*. Buenos Aires: Losada, 1976.
- Hunt, Winslow (1955): *On bullfighting*. *Amer. Imago*, 12: 343-353.
- Jovellanos, Gaspar M. (1790): *Espectáculos y diversiones Públicas*. Madrid: Cátedra, 1983.
- *Manifiesto de los estamentos taurinos ante la iniciativa europea contra la fiesta*. 14 de marzo, 2007 (véase: Laplazareal.net).
- López Pinillos, José (1987): *Lo que confiesan los toreros*. Madrid: Turner.
- M. (1700): *Viajes por España*. Madrid: Alianza, 1972.
- Mérimée, Prosper (1830-1853): *Viajes a España*. Madrid: Aguilar, 1972.
- Montherlant, Henry de (1926): *Los bestiarios*. Madrid: Alianza, 1979.
- Moratín, Nicolás F. (1776): *Carta histórica sobre el origen y progresos de las fiestas de toros en España*. Madrid: Aguilar, 1971.
- Navarro, Patricia (2008): *La fiesta enciende Bruselas*. *La Razón*, 5 de junio, 2008.

- Neruda, Pablo (1961): Cantos ceremoniales. Buenos Aires: Losada.
- Noel, Eugenio (1924): España nervio a nervio. Madrid: Espasa-Calpe, 1963.
- Bull breeders in Spain. NPR.org/help/media.html (acceso: 10 de junio, 2008).
- Olano, Antonio D. (1988): Dinastías. Madrid: CH. Ass.
- Paniagua, Cecilio (1992): Bullfight: The torero. *Int. Rev. Psychoanal.* 19:483-489.
— (1994): Bullfight: The afición. *Psychoanal. Quarterly*, LXIII: 84-100.
- Pollock, Raphael, E. (1974): Some psychoanalytic considerations of bullfighting and bull worship. *Israel Annals of Psychiat.* 12: 53-67.
- Resumen del Decreto andaluz del Nuevo Reglamento Taurino de Andalucía, 21/03/2006 (Portal-taurino.doc).
- Real Decreto 145/96 de la Junta de Andalucía, 06/05/2008.
- Tierno Galván, Enrique (1951): Los toros, acontecimiento Nacional. Madrid: Turner, 1988.
- Valdivielso, Emilio (1977): Apunte histórico sobre el movimiento psicoanalista en España: Ignacio Sánchez Mejías. *Bol Grupo Psicoanal.* Madrid, 1: 76-94.
- Waelder, Robert (1965): Psychoanalytic Avenues to Art. Nueva York: Int. Univ. Press.